

El libro salvaje

JUAN VILLORO

ILUSTRADO POR
GABRIEL MARTÍNEZ MEAVE



El libro salvaje

*A LA
ORILLA
DEL VIENTO*



El libro salvaje



JUAN VILLORO

ilustrado por

GABRIEL MARTÍNEZ MEAVE



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Primera edición, 2008
Vigésima reimpresión, 2022

[Segunda edición (Los Especiales de A la Orilla del viento), 2013]

[Primera edición en libro electrónico, 2013]

Villoro, Juan

El libro salvaje / Juan Villoro ; ilus. de Gabriel Martínez Meave.
— México : FCE, 2008
237 p. : ilus. ; 19 × 15 cm — (Colec. A la Orilla del Viento)
ISBN 978-607-16-0001-1

I. Literatura infantil I. Martínez Meave, Gabriel, ilus. II. Ser. III. t.

LC PZ7

Dewey 808.068 V1961

Distribución mundial excepto España

© 2008, Juan Villoro, texto

© 2008, Gabriel Martínez Meave, ilustraciones

D. R. © 2008, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5449-1871

Editores: Miriam Martínez y Carlos Tejada
Diseño de la colección: León Muñoz Santini

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0001-1 (rústico)

ISBN 978-607-16-1633-3 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-1829-0 (electrónico-mobi)

ISBN 978-607-16-3677-5 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Índice

La separación	9
El frasco de hierro	18
El tío Tito	28
Libros que cambian de lugar	38
Los remedios de la farmacia	53
Controla tu fuerza	62
La historia que cuenta un libro no siempre es igual	72
Los libros de sombra	78
<i>El libro salvaje</i>	91
La historia se borra	104
Un enemigo	116
El libro pirata	126
El príncipe manda	136
Tito cocina novelas	147
Catalina en la biblioteca	156
El tiempo y las galletas	166
Motores que no hacen ruido	181
Una radiación en zig-zag	192
El Club de la Sombra	203
Una carnada más succulenta	215
Lo que empieza cuando algo termina	221

A Carmen, mi hermana

La separación

Voy a contar lo que ocurrió cuando yo tenía 13 años. Es algo que no he podido olvidar, como si la historia me tuviera tomado del cuello. Puede sonar extraño, pero incluso siento las “manos” de la historia sobre mí, una sensación tan precisa que hasta sé que se trata de manos con guantes.

Mientras la historia sea un secreto, me tendrá prisionero. Ahora que comienzo a escribir experimento un ligero alivio. Las “manos” de la historia siguen sobre mí, pero un “dedo” ya se ha soltado, como una promesa de que estaré libre cuando termine.

Todo empezó con un olor a puré de papa. Mi madre hacía puré cuando tenía algo de qué quejarse o estaba de mal humor. Trituraba las papas con más esfuerzo del necesario, con verdadera furia. Eso la ayudaba a relajarse. A mí siempre me ha gustado el puré de papa, aunque en mi casa tuviera sabor a problemas.

Aquella tarde, en cuanto olí el vapor que salía de la cocina, fui a ver cómo estaban las cosas. Mi madre no advirtió mi presencia.

Lloraba en silencio. Yo hubiera hecho cualquier cosa porque volviera a ser la mujer sonriente que adoraba, pero no sabía qué podía darle alegría.

A partir de ese momento la oí sollozar en las noches. Me había dado por despertarme a horas raras. De chico dormía de un tirón, pero a los 13 años empecé a tener el “sueño escarlata”, una pesadilla que regresaba una y otra vez. Me encontraba en un pasillo largo, húmedo y oscuro. Al fondo se agitaba la luz de una flama. Caminaba hacía ahí. Entonces me daba cuenta de que estaba dentro de un castillo. Mis pasos resonaban en la oscuridad y esto me hacía saber que llevaba botas de hierro. Era un soldado con armadura. Debía rescatar a alguien al final del pasillo, alguien que lloraba. Tenía voz de mujer, una voz agradable y muy triste. Yo caminaba hacia ese sonido, durante un tiempo exagerado, pues el pasillo parecía alargarse con mis pasos. Finalmente, entraba en un cuarto de paredes rojas. Mi color favorito en esa época era el escarlata. ¡Cómo me gustaba el sonido de la palabra “escarlata”! En el sueño, no veía a la mujer que lloraba, pero sabía que estaba ahí. Antes de dirigirme a ella me acercaba a una pared, hipnotizado por el color escarlata. Sólo entonces me daba cuenta de que la superficie era líquida. Nadie había pintado esos muros. Ponía mis manos en la superficie y la sangre escurría entre mis dedos. En ese momento despertaba, muerto de miedo.

Encendía la luz, miraba el mapamundi sobre el escritorio y el último peluche con el que a veces dormía. Si alguien me hubiera di-



cho a los 13 años que yo era un niño, me habría puesto furioso. Yo me sentía como un hombre joven. Mi conejo de peluche estaba ahí porque le tenía cariño. Pero podía dormir sin él y podía defenderme solo. Ni siquiera cuando tenía el “sueño escarlata” me lo llevaba a la cama. El conejo me miraba desde su rincón, con un ojo más bajo que el otro. No le pedía ayuda pero pasaba mucho tiempo antes de que pudiera volver a dormirme.

En las noches de pesadilla despertaba con mucha sed. Si ya me había acabado el agua que mi madre colocaba en el buró, no me atrevía a ir a la cocina, como si ése fuera el lugar del “sueño escarlata”.

Entonces trataba de distraerme con los países del mapamundi. Mi favorito era Australia, pintado del color de un chicle bomba. Mis tres animales preferidos eran australianos: el koala, el canguro y el ornitorrinco.

Lo que más me gustaba de los koalas era la forma en que se sostenían de los árboles. Me abrazaba a la almohada, como si fuera un koala, hasta quedarme dormido, con la luz encendida.

Tal vez porque estaba creciendo se me ocurrían cosas de terror. A mis amigos del colegio les gustaban las historias de fantasmas y vampiros. A mí no me gustaban, pero tenía ese sueño terrible.

Una noche desperté aún más sobresaltado. Prendí la luz y me vi las manos, temeroso de que estuvieran manchadas de sangre. Sólo tenía las marcas de tinta con las que había vuelto del colegio. Vi el mapamundi y, antes de que pudiera pensar en países lejanos, oí un

sollozo. Venía del pasillo y tenía el tono inconfundible de mi madre.

Esta vez me atreví a salir. El llanto era más importante que mi pesadilla y caminé descalzo al cuarto de mis padres.

Ellos dormían en camas separadas. Las cortinas estaban abiertas y la luz de la Luna entraba al cuarto, sobre la cama de mi padre, que era la más próxima a la ventana. He visto muchas camas desde entonces pero ninguna me ha impresionado de ese modo: mi padre no estaba allí.

Mamá lloraba, con los ojos cerrados. No se dio cuenta de que yo estaba en el cuarto. Fui a la cama de mi padre, la abrí y me metí ahí. Respiré un olor delicioso, a cuero y loción, y me quedé dormido en el acto. Nunca descansé mejor que esa noche.

Al día siguiente, a ella no le gustó verme dormido en la cama de mi padre. Le dije que era sonámbulo y que había llegado ahí sin saberlo.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó mi madre—: ¡un hijo sonámbulo!

En el camino a la escuela, mi hermana Carmen se burló de mí porque caminaba dormido. Luego me preguntó si le podía enseñar a ser sonámbula. Carmen tenía 10 años y creía todo lo que yo decía. Le expliqué que pertenecía a un club que se reunía por las noches: recorríamos las calles sin dejar de dormir.

—¿Cómo se llama el club? —me preguntó Carmen.

—El Club de la Sombra —se me ocurrió de pronto.

—¿Y yo puedo entrar?

—Antes tienes que superar varias pruebas. No es tan sencillo —le contesté.

Carmen me pidió que una noche la despertara para llevarla al club. Prometí hacerlo, pero naturalmente no lo hice.

Preocupada de que yo fuera sonámbulo, mamá habló con su amiga Ruth, que había vivido en Alemania durante la segunda Guerra Mundial y había presenciado cosas más espeluznantes que un niño sonámbulo. Cuando mi madre hablaba por teléfono con Ruth, se tranquilizaba con historias peores que la suya. Nuestra vida no era perfecta, pero al menos no nos bombardeaban.

Cuando regresé del colegio mi madre hablaba por teléfono con Ruth. Sin embargo, esta vez el aire olía a puré de papa. Las terribles historias de su amiga no lograron tranquilizarla.

Fui a dejar mi mochila al cuarto. Hice pipí y me lavé las manos (las malditas manchas de tinta seguían ahí). Me dirigí a la cocina, de donde salía ese olor estupendo que sin embargo siempre traía problemas.

Me detuve en la puerta y vi a mi madre llorar en silencio. Luego hice la pregunta que había repasado mil veces en la escuela:

—¿Dónde está papá?

Ella me vio a través de las lágrimas. Sonrió como si yo fuera un paisaje bueno y estropeado.

—Tenemos que hablar —fue su respuesta, pero no dijo nada. Siguió aplastando las papas, encendió un cigarro, fumó de manera confusa y la ceniza cayó sobre el puré.

Yo me quedé como una estatua hasta que ella dijo:

—Tu padre va a vivir un tiempo fuera de la casa. Rentó un estudio. Tiene mucho trabajo y nosotros hacemos demasiado ruido. Cuando termine ese trabajo, se va a ir a París, a construir un puente.

Algo me hizo pensar que mi padre no iba a volver nunca a la cama que vi bajo la luz de la Luna.

Mi madre se arrodilló y me abrazó. Nunca me había abrazado así, arrodillada en el piso.

—No te va a pasar nada, Juanito —me dijo.

Cada vez que me decía Juanito sucedía algo terrible. No era un nombre de cariño sino un nombre de crisis, el puré de papa de los nombres.

No me preocupaba que me pasara algo a mí sino que le pasara algo a ella. Quería que sonriera como cuando pasaba por mí al colegio y yo sabía que era la más guapa de todas las madres.

—No te preocupes —contesté—: yo estoy contigo.

Fue lo peor que podía decirle. Lloró más que nunca y me abrazó con muchísima fuerza hasta que el puré de papa con ceniza se quemó en la estufa.

Mi hermana llegó más tarde porque tenía clase de piano y nos encontró comiendo pizza. Para ella la tarde fue muy divertida. Mamá no tenía apetito y dejó que Carmen comiera todo lo que quisiera.

—Tengo algo que decirles —mamá habló como si masticara cada palabra—: papá salió de viaje.

A Carmen esto le pareció genial porque pensó que papá le iba a traer un peluche.

Me dio tristeza ver a mi hermana contenta por no saber la verdad, pero hubiera hecho cualquier cosa porque nunca la supiera.

En esa época no estaba de moda el divorcio. Ninguno de mis amigos tenía padres divorciados. Sin embargo, yo sabía que eso podía suceder. Había visto una película muy divertida sobre un niño que se la pasa de maravilla porque tiene dos casas y logra que lo consientan mucho en las dos.

Mis padres no se peleaban pero tampoco hablaban como si se quisieran. Nunca se daban un beso ni se tomaban de la mano.

Una tarde, revolviendo papeles en el escritorio de mi padre, encontré una carta dentro de un libro. El sobre tenía dibujos estu-
pendos: espirales rosas, asteriscos azules, relámpagos en verde zigzag. Parecía la portada de un disco de rock.

El sobre contenía una carta. Era de una amiga que quería mucho a mi padre y esperaba viajar con él a París. Sentí un hueco en el estómago y le di la carta a mi madre.

Esto fue dos meses antes de que se nos quemara el puré de papa. A veces pensaba que ella se había puesto triste por mi culpa. Todo había sucedido porque yo le entregué la maldita carta.

—¿Te vas a divorciar? —le pregunté a mi madre, cuando Carmen no nos oía.

Yo no quería divertirme en dos casas como el niño de esa película. La verdad, tampoco quería ver a mi padre. Quería que regresara para que mi madre estuviera contenta. Nada más.

—No sé qué va a pasar. Papá los quiere mucho, eso es lo importante.

A mí no me importaba que me quisiera. Yo quería que la quisiera a ella. Fui a mi cuarto a hacer un juramento importante. Tomé el mapamundi y ante el mapa de Australia juré que en esa casa íbamos a ser felices, aunque me costara mucho trabajo lograrlo.

Esa noche no tuve pesadillas pero tampoco pude dormir.

Fui al cuarto que había sido de mis padres, donde ahora sobraba una cama. Bueno, creí que sobraba una cama. Me iba a acostar ahí cuando vi que Carmen se me había adelantado. Como siempre, parecía muy contenta. Tal vez soñaba que la admitían en el Club de la Sombra.

El frasco de hierro

Mi madre empezó a dejar cigarros por todas partes. Ni siquiera los fumaba completos. Estaba tan nerviosa y hacía tantas llamadas telefónicas que los cigarros se juntaban en montoncito en el cenicero sin que ella acabara de fumar uno solo. Había señales de humo en cualquier sitio, como si viviéramos en un campamento pielroja.

Todo olía a ceniza y a puré de papa. Durante la semana de separación, comimos albóndigas con puré de lunes a sábado. El domingo, mi madre nos dejó con su amiga Ruth, que nos dio unas salchichas alemanas deliciosas, espolvoreadas con algo que yo no conocía: nuez moscada.

Mi madre pasó tardísimo por nosotros. Carmen ya estaba dormida, abrazada a su castor de peluche. Yo me caía de sueño pero alcancé a oír la conversación entre mi madre y su amiga:

—Lo peor son las vacaciones —dijo mi madre—; no sé qué hacer con ellos.

“Ellos” éramos Carmen y yo.

—Algo saldrá —dijo Ruth—. Yo me puedo quedar con la Pinta. La Pinta era nuestra perra, raza maltés, color blanco y negro. Me sorprendió, y en parte me tranquilizó, que Ruth ofreciera quedarse con la perra y no con nosotros.

¿Por qué no podíamos pasar las vacaciones en casa? Faltaban dos semanas para el fin de cursos. En el colegio ya estudiábamos poco. El maestro había dejado de tener prisa; nos daba un papel para que dibujáramos cualquier cosa, durante varias horas. Luego cantábamos canciones muy largas y no le importaba que nos equivocáramos. Era como si las clases de verdad ya hubieran acabado y sólo estuviéramos ahí por compromiso, llenando los días que faltaban para el verano, las “vacaciones grandes”, como les decíamos nosotros.

El mejor momento de la vida era el primer día de vacaciones. El sol entraba de otro modo al cuarto. Un sol animoso, color miel, que calentaba las cortinas y hacía saber que venían dos meses sin escuela. En ese primer día podía pasar cualquier cosa, como si la luz llegara de Australia y sus desiertos de arena rojiza.

Si dejas de comer durante un año algo que te gusta muchísimo (chocolate o espagueti o pollo rostizado) y de pronto vuelves a probarlo, te gusta todavía más que antes. Así era el primer día de vacaciones.

Pablo, mi mejor amigo, vivía a dos calles de la nuestra. Habíamos planeado muchos juegos para el verano, incluyendo entrar a una casa abandonada que tenía las ventanas rotas y donde vivían

gatos salvajes. Iba a ser el mejor verano de mi vida. Pero Mamá tenía otros planes.

Una tarde regresé de jugar con Pablo y encontré el pasillo lleno de cajas:

—Las cosas de tu padre —explicó Mamá.

Me asomé a una caja y vi libros. Mi padre estudió ingeniería y había escrito un libro de título muy raro: *Puentes devoladizo*. Me explicó que así se llaman los puentes que se parten en dos y se alzan para que puedan pasar los barcos.

Pensé que él iría por sus cosas, pero poco después llegaron dos cargadores y se llevaron todo en un santiamén.

—Las cosas van a ir a una bodega, en lo que tu padre regresa de París.

—¿No iba a rentar un estudio?

—Va a construir un puente en París.

Tal vez iba a construir un puente, pero también iba a ver a esa amiga que le envió la carta. Los dibujos que ella había hecho en el sobre me gustaron mucho, pero odiaba que mi padre se fuera con ella.

También odié que mi padre construyera un puente allá. Seguramente se trataba de un puente que se levantaba para que pasaran los barcos. Ésa era su gran especialidad. Yo prefería los puentes que no se separaban y seguían fijos, conectando dos orillas.

No me importó que sus libros aburridos se fueran de la casa.

Mi madre tomaba pastillas color azul cielo contra el dolor de cabe-

za. Luego supimos que no tenía simple dolor sino un padecimiento más fuerte llamado jaqueca.

También padecía gastritis. El jugo de naranja le caía muy pesado y lo bebía con un popote hecho de vidrio para no tomar aire (que por lo visto le caía aún más pesado). Era tan guapa que se veía bien incluso cuando tomaba jugo, aunque ponía una cara como si bebiere vidrio, vidrios rotos que la destrozaban por dentro.

Cada tercer día me mandaba a la farmacia a que le comprara remedios para la jaqueca o la gastritis. Cuando íbamos a casa de la abuela ella le decía:

—Es por el cigarro. La culpa de todo la tiene el cigarro.

Pero mi madre no podía dejar de fumar, y menos con tantos problemas encima. Cuando la abuela hablaba mal del tabaco, mi madre cerraba un ojo como un pistolero a punto de disparar, encendía un cerillo con un rápido movimiento de experta en fuegos y fumaba con una intensidad especial. Luego se comunicaba con nosotros al estilo pielroja. De su boca salían señales de humo que querían decir: “Hago lo que me da la gana”.

Una noche soñé que entraba en la casa abandonada, siguiendo un gato blanco. En todas partes había fogatas hechas con muebles. Llegaba al salón principal, donde ardía una mesa muy grande. En un sofá estaba mi padre, leyendo el periódico. De pronto, el periódico comenzaba a arder pero él no hacía nada: veía el fuego como si fuera una noticia. Desperté antes de que las llamas llegaran a sus manos.

Pensé que mi padre prefería vivir en una casa abandonada, con los muebles y el periódico ardiendo, que vivir con nosotros. Me enojé mucho con él y le pegué a mi almohada hasta que no pude más. Luego imaginé que yo era un koala y abracé la almohada como si fuera mi árbol. Había llorado y la funda estaba húmeda. Tal vez por eso soñé que llovía mucho en el bosque australiano donde yo llevaba una vida de koala feliz.

Me encantaba meterme en la cama con las sábanas recién cambiadas, la fresca maravilla de estar ahí.

Con los problemas que teníamos desde que mi padre se fue, pasaron días y días sin que me cambiaran las sábanas. Al principio no me di cuenta, pero una noche me pregunté si algún día las sábanas volvería a oler a burbujas.

Carmen también lo notó y le puso a sus sábanas unas gotas de champú para que olieran como nuevas.

Para que no vieran que había llorado, mi madre usaba lentes oscuros. Parecía alguien de la mafia. Sobre todo cuando llevaba un cigarro en la boca y una pañoleta en la cabeza. Pero se veía bien. Las mujeres mafiosas pueden ser guapas.

Faltaban sólo dos días para las vacaciones cuando nos dijo:

—Tenemos que hablar.

Fuimos al comedor donde ella rebanaba un melón. En los últimos días estaba tan nerviosa que se cortaba al preparar cualquier